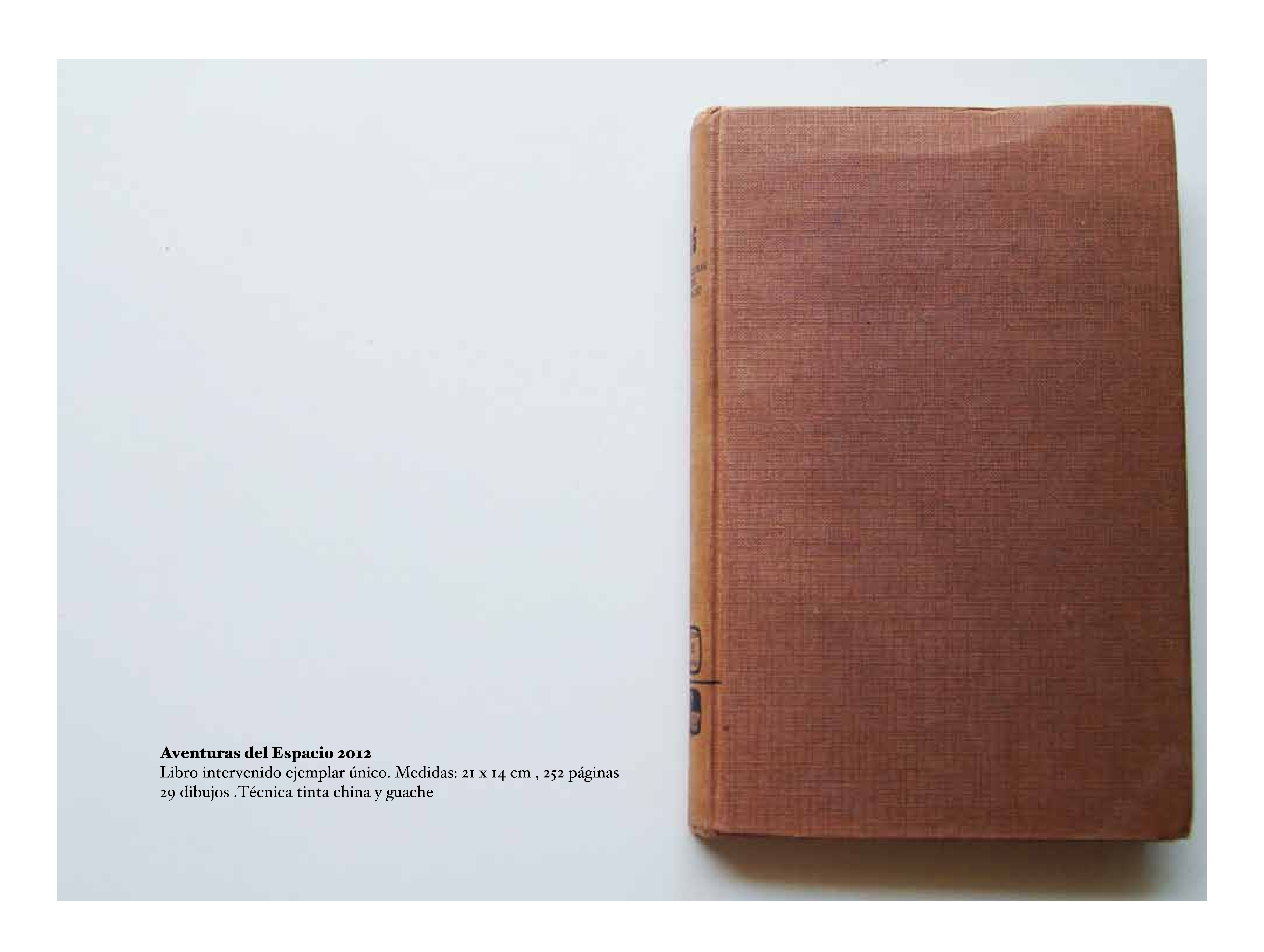
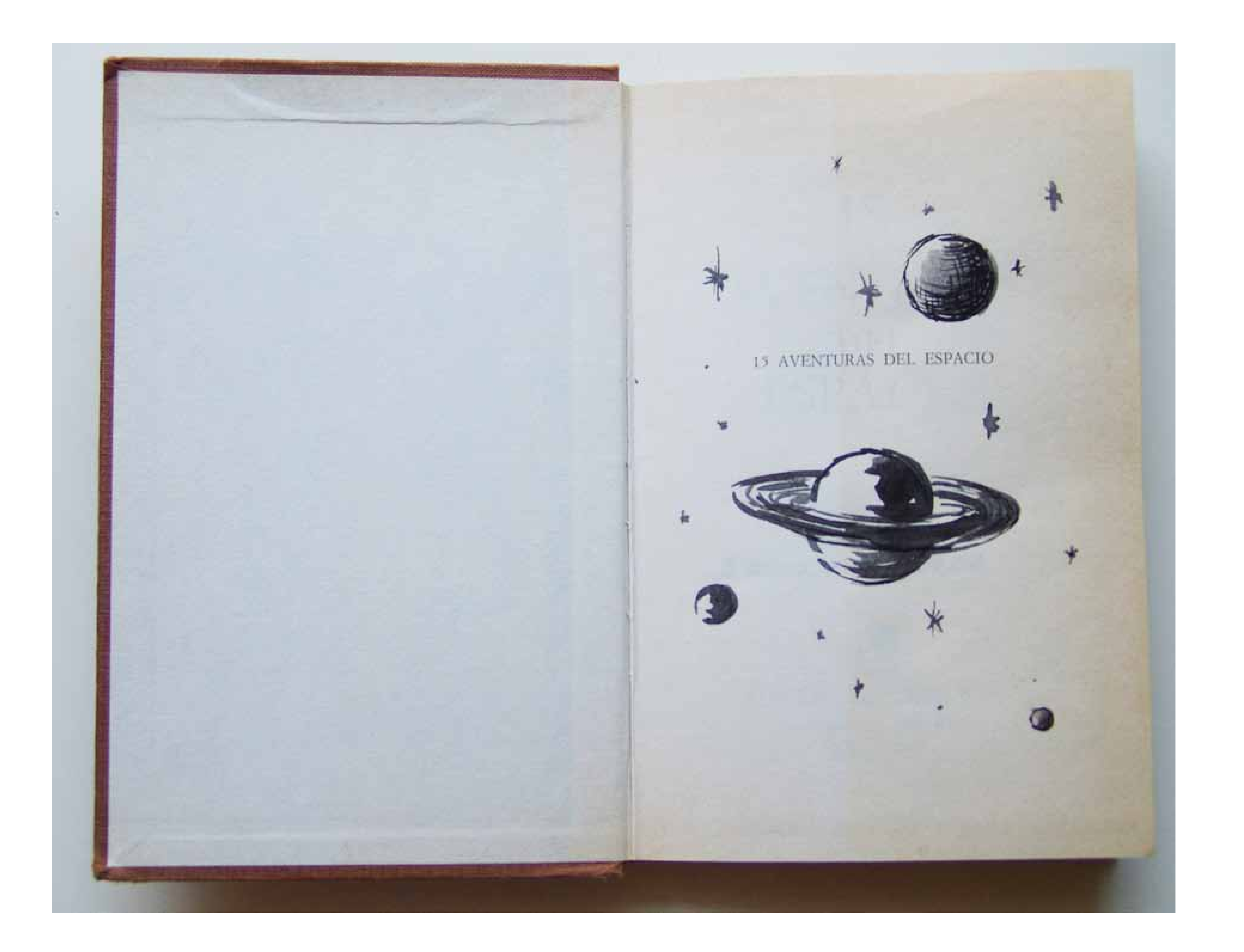


Aventuras del Espacio 2012
Libro intervenido ejemplar único. Medidas: 21 x 14 cm , 252 páginas
29 dibujos .Técnica tinta china y guache


15 AVENTURAS DEL ESPACIO



15 AVENTURAS DEL ESPACIO

Adaptación de
15 AVENTURES DE L'ESPACE
de CLAUDE APPELL,
editado en Francia por
GAUTIER LANGUEREAU

29 DIBUJOS, TAMARA ARROYO 2012.



EDITORIAL FHER, S. A.
Gordóniz, 44 - BILBAO
ESPAÑA

Aventura sin par de un cierto Hans Pfaall

Según recientes noticias de Rotterdam, parece ser que esa ciudad se halla en un estado de alta excitación filosófica. Se dice que han ocurrido allí fenómenos de un género inesperado, que toda Europa está alborotada, toda la física alterada y en fermentación.

Parece ser que el día... del mes de... (no estoy seguro de la fecha), una enorme multitud se había congregado en la gran plaza de la Bolsa. El día era singularmente caluroso, cosa desusada en la estación y apenas soplaba una ráfaga de aire.

Hacia el mediodía se hizo perceptible una ligera agitación, seguida de la algarabía de diez mil lenguas; un instante después, diez mil caras se volvieron hacia el cielo y diez mil bocas lanzaron un grito sólo comparable al rugido del Niágara. Este grito resonó larga y furiosamente a través de toda la ciudad.

Desde detrás del enorme volumen de las masas de nubes se vio emerger un ser extraño, como una sustan-

Tercero: Que los periódicos pegados alrededor del pequeño globo eran periódicos holandeses y, por consiguiente, no habían podido ser fabricados en la Luna. Eran unos papeles sucios, muy sucios y Blück, el impresor, podía jurar sobre la Biblia que habían sido impresos en Rotterdam.

Cuarto: Que el propio Hans Pfaall, el mísero borracho, y los tres ociosos caballeretes llamados acreedores suyos, habían sido vistos juntos, dos o tres días antes todo lo más, en una taberna de los suburbios, precisamente cuando volvían, con dinero en el bolsillo, de una travesía marítima.

Y último: Que la opinión más generalmente admitida, o que debe serlo así, es que el Colegio de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, lo mismo que todos los demás colegiados de todas las partes del mundo, sin mencionar a los colegiados y a los astrónomos en general, no es, para dejar ya el tema, ni mejor, ni más insigne, ni más sabio de lo que esos deben ser.

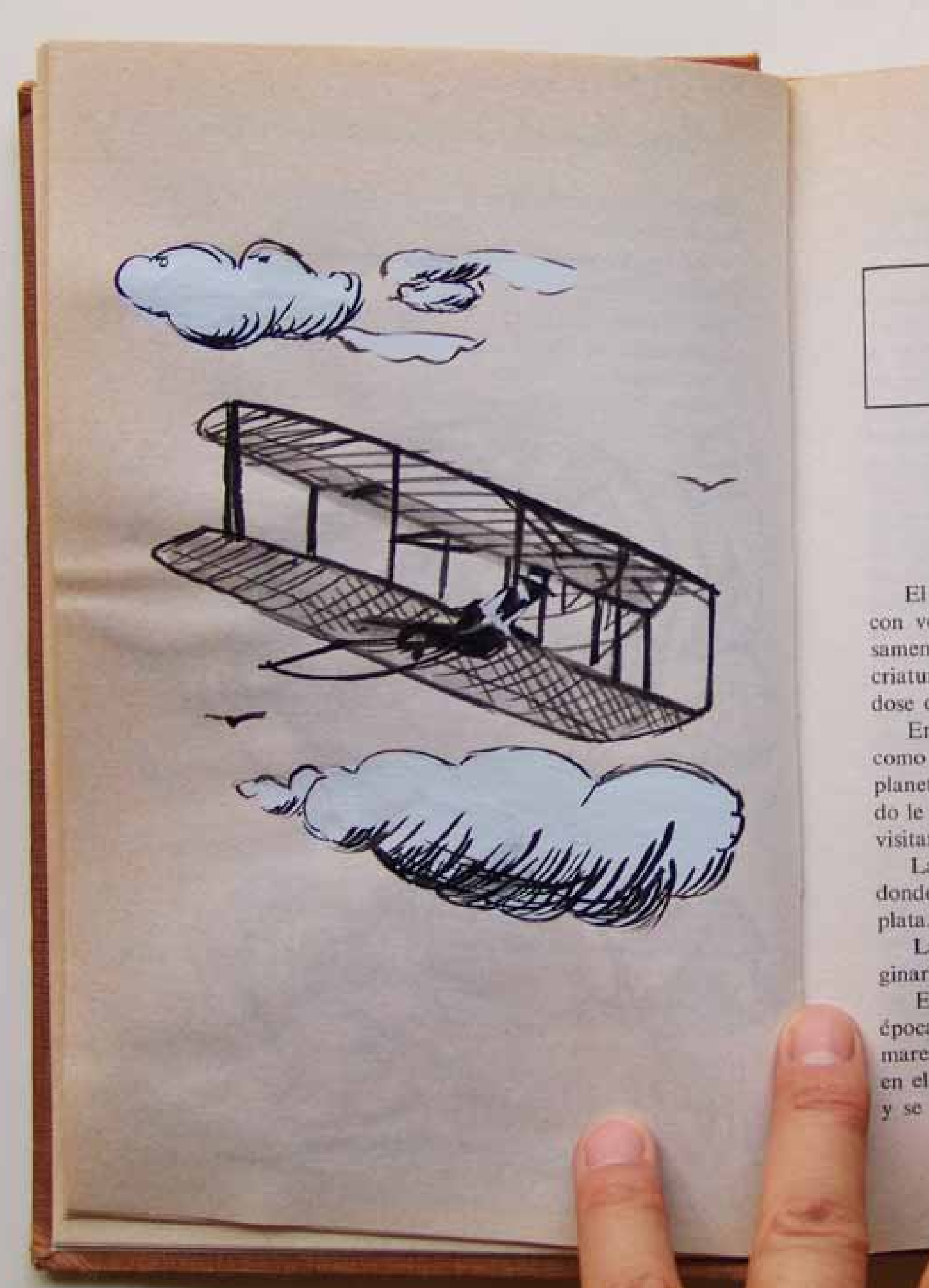
Nota.—Hablando con franqueza, hay una pequeña semejanza entre la chanza que acaba de ser bosquejada y la célebre "*Historia Lunar*", de Locke; pero como ambas tienen el carácter de obras burlescas —aunque la una tenga tono de zumba y la otra de absoluta seriedad— y como ambas son sobre el mismo tema: la Luna, y como también ambas intentan ser verosímiles por medio de detalles científicos, el autor de "Hans Pfaall" cree necesario decir, en defensa propia, que su obra se publicó unas tres semanas antes que la del señor Locke. Imagi un parecido que quizá no existe, algunos diarios de York transcribieron "Hans Pfaall", cotejándolo c cha burlesca "Historia Lunar", a fin de comparar

autores y poner en claro a quién correspondía el original argumento.

En "Hans Pfaall" se nota el propósito de dar verosimilitud al relato con la aplicación de principios científicos —hasta donde la naturaleza caprichosa del tema lo permite— al actual viaje de la Tierra a la Luna.

EDGAR ALLAN POE





Los soñadores del espacio

El hombre de todos los tiempos ha soñado siempre con volar. Y mirando a los pájaros evolucionar graciosamente sobre su cabeza, ha deseado, al igual que esas criaturas ligeras, franquear los ríos y los montes, evadiéndose del suelo.

En un principio pensó en fabricarse alas artificiales, como Dédalo e Icaro, ya que la idea de los viajes interplanetarios es posterior. La concepción que tiene del mundo le ha hecho creer que existen otros planetas que podrá visitar.

La Tierra era plana y el cielo una esfera compacta donde estaban colgadas las estrellas, como clavos de plata.

Las leyendas antiguas están llenas de personajes imaginarios que han intentado elevarse en los aires.

En China, dos mil años antes de nuestra era, en la época de los Han, "El libro de las montañas y de los mares", ya narraba el reinado fabuloso de Ki Kouang, en el cual los habitantes tenían tres ojos y un solo brazo y se desplazaban sobre carros voladores.

criaturas sin forma humana, con más aspecto de plantas que de animales.

Terminamos esta pequeña revista de los soñadores del espacio con el relato publicado por el "New York Sun", en 1835, y que le atrajo gran número de lectores.

En aquel año, el gran sabio John Herschel había salido para el Africa del Sur a fin de estudiar el cielo austral con la ayuda de un nuevo telescopio todavía más poderoso y preciso que todos los fabricados hasta entonces.

Aprovechando la salida del sabio y el interés que en aquella época suscitaba cuanto tuviera relación con la astronomía, un redactor del "New York Sun" tuvo la idea de dar cuenta de una serie de artículos de los descubrimientos de este gran hombre.

En el primero contaba el viaje del sabio y cómo con ayuda del telescopio había creído distinguir una flora y una fauna en la superficie de nuestro satélite.

La tirada del periódico aumentó increíblemente, lo que venía a demostrar el apasionamiento del público por tales cuestiones. El periodista, en vista del éxito, las fue adornando un poco, dando detalles cada vez más sensacionales.

El sabio había divisado dos clases de bosques, de pinos y de abetos parecidos a los de nuestro mundo, además de animales con semejanza a bisontes y otros con el pelo luminoso y como plateado.

El astrónomo había visto, por fin, criaturas volantes cuyas alas se parecían a las de los murciélagos, aunque por su naturaleza eran selenitas, seres de comportamiento superior.

La tirada del periódico subió como una flecha y alcanzó la fecha record de su época: 19.300 ejemplares.

El sabio regresó, publicó sus verdaderos trabajos y la chanza se acabó. Desde entonces se renunció a pretender que en la Luna hubiera habitantes.

En 1877, el astrónomo Schiaparelli descubría sobre Marte canales extraños, tan rectilíneos y elaborados que no podían haber sido construidos más que por seres muy inteligentes. El planeta rojo se puso entonces de moda.

¡Adiós a los selenitas y viva los marcianos! ¡Se había encontrado un tema nuevo para alimentar las fantasías de los soñadores del espacio!

Nuestra época, naturalmente, es demasiado científica y demasiado racionalista para permitir los desbordamientos de la imaginación. A pesar de todo, Orson Welles provocó un increíble pánico anunciando hace algunos años, en una emisión de radio, la invasión de la Tierra por seres del espacio.

CLAIRE GODET





Galileo abre el camino

El oro de la noche alumbró Venecia con una luz irreal que rieló en los canales y se reflejó suavemente en las fachadas de los palacios.

En una de las calles próximas a la plaza de San Marcos un hombre caminaba presuroso. Era un hombre en lo mejor de la edad, vestido elegantemente, aunque sin detalles excesivos. Llevaba al brazo un objeto extraño, especie de largo tubo de plomo bastante pesado y seguramente precioso, a juzgar por el cuidado con que el hombre lo llevaba. Pasó sin detenerse ante la Basílica, con sus cúpulas bizantinas y llegó a la entrada del palacio del Dux. Los guardias apostados junto a la puerta se hicieron a un lado y el doméstico que apareció a recibirle, se inclinó ante él.

—Entrad, señor Galileo. Os están esperando.

El doméstico procedió a guiar al visitante hasta el primer piso y fue introducido en la sala del Gran Consejo.

Con un vistazo, el recién llegado recorrió la asamblea reunida en torno al sillón del Dux. Todo lo que

teorías de Copérnico. Otro, Simplicio, que sostenía las viejas ideas de Aristóteles. Y el tercero, Sagredo, actuaba a modo de árbitro entre dos campos.

Así, por medio de un diálogo contradictorio, Galileo no tomaba parte abiertamente por Copérnico, pero como poseía humor y espíritu cáustico, su personaje de Simplicio salía malparado y nadie quedaba engañado respecto a las intenciones del autor.

El libro estaba escrito, no en latín sino en lengua vulgar y en un lenguaje perfectamente accesible para todos los públicos y conoció un éxito tan amplio que inquietó a los inquisidores y a los doctos sabios de las universidades italianas, que veían ridiculizadas sus enseñanzas.

Se prohibió el libro y a su autor escribir y enseñar astronomía. Y todavía los enemigos de Galileo, agitados, presionaron al Papa para que el sabio fuese llevado ante el tribunal de la Inquisición, con la amenaza de hacerle sufrir las torturas y penas infligidas a los herejes.

Una mañana de abril el tribunal de la Inquisición se reunió en sesión solemne en el Vaticano. Galileo estaba enfermo y medio ciego, pero conservaba toda su agudeza mental a pesar de la edad.

Los jueces lo sabían y no deseaban enzarzarse con él en una discusión sobre asuntos científicos que no comprendían. Querían la sumisión pura y simple de Galileo; la obediencia pasiva.

Y Galileo se inclinó y sometió. Como fiel hijo de la Iglesia, tuvo que retractarse y aceptar todas sus decisiones. Volviéndose atrás de sus teorías, aceptó que la Tierra estuviera fija y fuera el centro del Universo, temiendo que las torturas actuasen sobre su inteligencia.

Los inquisidores se manifestaron satisfechos … a
obediencia y condenaron al sabio a recitar du…

años, día a día, los salmos de la penitencia. Teniendo en cuenta su edad, su enfermedad y la amistad que le había unido al Papa, éste admitió que la penitencia fuese hecha por la hija del sabio, religiosa en Florencia.

Cuando Galileo dejó la sala se sintió muy viejo y muy cansado. Apoyado en el brazo de su fiel amigo Niccolini, embajador de Florencia en Roma, ganó difícilmente el palacio de la embajada donde estaba albergado.

—Yo hubiera debido resistir, Niccolini, y sostener la verdad aunque me hubieran quemado vivo.

—Habéis hecho lo mejor. Lo demás hubiera sido inútil. Oh habéis salvado del peligro.

—Pero ahora es la verdad la que está en peligro. La obra de toda mi vida es inútil.

—La verdad, tarde o temprano, triunfa siempre. Tenéis numerosos adeptos, incluso dentro de la Iglesia. Un día los teólogos reconocerán que la ciencia y la fe son dos cosas diferentes y que la una no sabría ser enemiga de la otra.

La noche caía sobre Roma. Allá en la terraza de la embajada, Galileo miraba al cielo. Sus pobres ojos distinguían cada vez peor la Luna y las estrellas que observó a lo largo de su vida. Y la contemplación le serenaba.

—Quizás un día, amigo Niccolini, los hombres puedan viajar por el cielo y conocer de cerca esos mundos desconocidos. La Tierra se les aparecerá entonces en toda su verdad y sabrán que, efectivamente, da vueltas.

CLAIRE GODET.





El obús de la Columbiad

Tres hombres audaces habían formado el proyecto de llegar a la Luna. Estos tres héroes, imaginados por Julio Verne, eran los americanos Nicholl y Barbicane y el francés Michel Ardan. Para conseguir sus fines habían hecho construir un enorme cañón que se bautizó con el nombre de "Columbiad".

Después de la terminación del célebre "Columbiad", el interés público se trasladó inmediatamente al proyectil, el nuevo vehículo destinado a transportar a través del espacio a los tres atrevidos aventureros. Nadie olvidaba que Michel Ardan solicitó el 30 de septiembre, mediante un telegrama, la modificación de los planes elaborados por los miembros del Comité organizador.

El presidente Barbicane opinaba entonces, con razón, que la forma del proyectil importaba poco, toda vez que, después de atravesar la atmósfera en algunos segundos, su recorrido debía efectuarse en el vacío abso-

Al veintiuno se produjo un estremecimiento universal y aquella multitud pensó que los audaces viajeros encerrados en el proyectil también contaban aquellos terribles segundos. Se escaparon gritos aislados.

—¡Treinta y cinco! ¡Treinta y seis! ¡Treinta y siete! ¡Treinta y ocho! ¡Treinta y nueve! ¡Cuarenta! ¡Fuego!

Murchison oprimió inmediatamente el botón eléctrico, estableció la corriente y lanzó la chispa eléctrica al fondo del cañón.

Una detonación espantosa, inaudita, sobrehumana, de la que nadie sabría dar idea, ni los estampidos de los rayos, ni el estruendo de las erupciones, se produjo instantáneamente. Un inmenso haz de fuego brotó de las entrañas del suelo como de un cráter. La tierra se levantó y apenas si algunos espectadores pudieron entrever el proyectil hendiendo victoriosamente el aire, en medio de resplandecientes vapores.

JULIO VERNE

El invento de los Montgolfier

El jueves 5 de junio de 1783, estando reunida la Asamblea de los estados particulares de Vivarais en Annonay recibió una comunicación firmada por Esteban y José de Montgolfier invitando a la Asamblea en pleno a presenciar el vuelo de su máquina aerostática.

El presidente de la Asamblea experimentó la cólera propia del que se cree objeto de una chanza.

—¿Alguien sabe quiénes son estos locos?

Un diputado, amigo de los Montgolfier, pudo informar a la Asamblea que ambos hermanos eran propietarios de una de las mejores fábricas de papel de Annonay. Sin embargo, atraídos por la Física, se habían convertido en dos verdaderos sabios. Aseguró que se habían dedicado al estudio del vapor en la atmósfera y a cuantos fenómenos se hallaban relacionados con dicha materia.

—He oído decir —pudo anunciar otro diputado—, que han tenido la atrevida idea de construir, con ayuda de una vasta envoltura y de un ligero vapor, una espe-

Nos volvimos a levantar y una nueva corriente de aire nos llevó un poco a la izquierda.

Era maravilloso que por medios tan primitivos pudiéramos tener alguna influencia sobre el medio en que nos encontrábamos, aunque no fuera precisamente todo lo que estuviéramos necesitando.

El bravo De Rozier me gritó una vez más:

—¡Cuidado con los molinos!

Acabamos posándonos en el cerro de las Codornices, entre el molino de las Maravillas y el molino Viejo, a unas cincuenta toesas de uno y otro.

Nos hallábamos cerca de tierra cuando me alcé sobre el borde de la barquilla apoyándome en ella con las dos manos. La parte alta de la máquina presionó débilmente mi cabeza.

Es fácil imaginar la velocidad con que escapé de allí y salté a tierra. Corrí un poco y me volví hacia el globo. Creí encontrarlo hinchado y lleno, y cuál no sería mi asombro al verlo completamente vacío y exhausto, arrugado y con un estertor de muerte.

¿Dónde estaba Pilâtre? No podía verle en aquella confusión y corrí hacia el artefacto para ayudarle a liberarse del montón de tela que yo suponía lo ocultaba. Empecé a dar la vuelta en torno al globo y fue entonces cuando él apareció saliendo de un lado y en mangas de camisa, ya que antes de empezar el descenso se había quitado la levita.

Estábamos solos Pilâtre y yo y no podíamos dar vuelta a la barquilla ni retirar la paja en llamas. Y debíamos de impedir que el fuego prendiese en el globo.

Entonces creímos que el único medio de evitar el accidente sería desgarrar la tela. Pilâtre la asió por un lado y yo por otro. Tirando ambos violentamente, descubr mos el brasero. En cuanto fue liberado de la tela q

impedía su comunicación con el aire, la paja se inflamó intensamente. Al sacudir una de las colchonetas comunicamos el fuego a otra parte del artefacto. Precisamente cerca estaba nuestra reserva de paja, que pronto fue un montón de aparatosas llamas.

La gente había acudido no sabíamos de dónde. Todavía llegó a tiempo de apoderarse de la chaqueta de Pilâtre de Rozier y repartírsela como si fuera una reliquia...

* * *

Para el mundo, aquel par de valientes capaces de salirse del elemento conocido y viajar por los aires, habían pasado a ser los primeros héroes del espacio. Hoy su aventura puede parecer insignificante, pero en su época, no cabe duda, fue como alcanzar la Luna.





Primer asalto

—¡Vamos allí, Kipfer! El sol va a levantarse pronto... No olvides los paracaídas.

El hombre que acaba de hablar es un ciudadano suizo, profesor de la Universidad de Bruselas. Se llama Augusto Piccard. Alto y delgado, vestido con una blusa blanca que flota alrededor de su cuerpo, hace pensar, con su largo cuello emergiendo de otro de celuloide y sus ojos de soñador parapetados en las gafas de aros de metal, en esas caricaturas de sabios que aparecen en las historietas humorísticas. Su cabello gris cae sobre sus orejas en ondulaciones caprichosas.

—Vamos, Kipfer, sígueme.

Kipfer, ingeniero suizo asistente del profesor Piccard en la Universidad de Bruselas, trota detrás del sabio a grandes pasos, dirigiéndose hacia un gigantesco globo hinchado con hidrógeno y que pone tensas las cuerdas que sujetan un centenar de hombres. Colgada en su extremidad inferior, una esfera de aluminio que en comparación parece minúscula, oscila dulcemente.

mos obtenido la altura deseada. De todo corazón, Piecard".

—Piccard con dos ces, precisa suavemente el visitante.

"¡Altura deseada!". El empleado de correos de Gurgl, sin comprenderlo del todo, relee el lacónico comunicado. Ni siquiera se da cuenta de que este hombre tranquilo, que parece estar hecho para los laboratorios y las bibliotecas, acaba de penetrar, por primera vez en la historia de la humanidad, en el dominio prohibido de la estratosfera.

PAUL COGAN

Los cohetes entran en escena

¡La aventura del espacio ha tenido su origen en los fuegos de artificio! Durante siglos, eso que hoy sirve para enviar a los hombres a la Luna, quizá a Marte y otros planetas, el cohete, ha sido utilizado esencialmente para lanzar al cielo serpientes coloreadas hechas de fuegos artificiales, modo de celebrar con alegría y brillantez las fiestas nocturnas.

Parece ser que fue un chino (¿qué no habrán inventado ellos?) el primero que tuvo la idea de llenar con pólvora negra un tubo y prenderle fuego bajo un orificio del fondo para que escapase por allí el gas de la combustión.

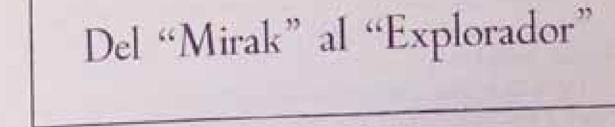
Nada más simple en principio que un cohete. Viene a ser la aplicación de una de las leyes de Newton, según la cual toda acción de un objeto sobre otro lleva consigo una reacción del segundo sobre el primero, igual y en sentido inverso.

Si se provoca una combustión rápida en un recipiente cerrado por todos sus lados, excepto por uno, el gas escapa violentamente por la abertura, ejerciendo una

en su vuelo inicial alcanzó en vertical los 36 metros con una velocidad de 95 kilómetros a la hora.

Otros pioneros trabajaban afanosamente. En Rusia, Tsiolkovski, que publicó su obra de precursor. En Alemania Oberth, que había escrito: "El cohete vencerá al espacio interplanetario", y tuvo un lector de la marca de Wernher Von Braum. El tiempo de los fuegos de artificio había acabado; el cohete estaba preparado para lanzarse al espacio.

CLAIRE GODET



Del "Mirak" al "Explorador"

La fiesta había estado muy animada. Todas las personalidades de Huntsville habían asistido a la cena en honor del futuro subsecretario de Estado para la Defensa, Neil Mc Elroy, venido a esta lejana ciudad de Alabama para visitar el arsenal de Redstone, especializado en el estudio de los missiles. Había allí numerosos militares de todos los grados, pero era un grupo de civiles vestidos con la ausencia de rebuscamiento propia de los hombres de ciencia, quien atraía la atención. La conversación estaba en lo más interesante, cuando uno de los empleados del hotel se aproximó a un hombre joven todavía, de rostro enérgico, que debía ser una de las personalidades de la reunión a juzgar por la atención que se le prestaba.

—Le llaman desde Nueva York, señor —murmuró.

El hombre se levantó, llegó a la estancia vecina y tomó el aparato.

—¿Doctor Von Braum?

—Von Braum al habla.

y cuando ya está comprado uno se da cuenta de su error y comprende que el color de las cortinas no va con el de los sillones. Lo mismo pasa con los cohetes. Después de unas semanas de trabajo se da uno cuenta de repente de que algo no va. Solamente sabe que está sobrecargado de trabajo y es incapaz de verlo. Hacen falta ojos nuevos. Es por eso por lo que voy a los talleres".

Sin embargo, Von Braum se guarda bien de intervenir en el trabajo de sus subordinados. Otra de sus máximas favoritas es la siguiente: "Si usted deja a alguien hacer su trabajo en paz, lo hará en un año. Si decide usted ayudarle y mezclarse en él, tardará dos años".

El fracaso de los "Vanguard" y del desgraciado "Pamplemousse" aflige a Von Braum, como a todos los americanos. Pero también le sirve de estímulo. Confiando en el trabajo de su equipo, Von Braum reserva la base de lanzamiento de Cabo Cañaveral, hoy Cabo Kennedy, para el fin del mes de enero.

Primero de febrero de 1958. La nueva del lanzamiento del "Júpiter" llega a Huntsville en plena noche. Una fiebre extraordinaria hace presa en ella. Las sirenas desgarran el aire. Los coches de bomberos van por las carreteras haciendo sonar su campana a toda potencia. Se adornan las ventanas, se lanzan fuegos de Bengala y petardos. Toda la población está en la calle gritando, cantando y blandiendo banderolas que proclaman: "¡El espacio es nuestro!" "¡Huntsville al asalto de los planetas!" "¡Nosotros conquistaremos Marte!".

Von Braum ha ganado la partida. Noventa días solamente han pasado desde que el general Medaris le dio luz verde. El "Júpiter" ha vengado el fracaso del "Vanguard".

En Huntsville la agitación no cesa en toda la noche. Las paredes se cubren de enormes inscripciones, cuya pin-

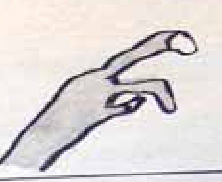
tura, todavía fresca, proclama: "¡Viva Von Braum, el sabio más grande del mundo!".

Sin embargo en Washington, a donde ha acudido después del lanzamiento, asediado por los periodistas, acosado por el teléfono, sumergido en montañas de telegramas de felicitación que se apilan en su despacho, murmura: "¡Ah, pasar una semana allá arriba! ¡Qué descansado debe resultar!".

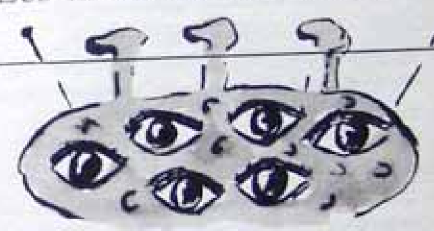
Y su mano señala hacia el cielo, donde el satélite "Explorador", que "Júpiter" acaba de poner en órbita, prosigue su ruta incansable alrededor de la Tierra.

PAUL COGAN





Los habitantes de Marte



El "Stellarium", a bordo del cual habían tomado plaza Antoine Lougre, Jean Gavial y Jacques Laverande, ha alcanzado Marte y los tres astronautas han comenzado la exploración del planeta. Han encontrado seres extraños, de aspecto casi humano, a pesar de sus seis ojos y la ausencia de nariz. Jean, imprudentemente adelantado, ha sido hecho prisionero. Jacques y Antoine han podido alcanzar el "Stellarium". Es Jacques quien habla.

Antoine hace la primera guardia y yo duermo algunas horas de sueño febril, poblado de las pesadillas de los condenados.

La noche duraba todavía cuando llegó mi turno de guardia. Hasta el alba estuve describiendo círculos alrededor del cerro. Mi alma estaba triste hasta la muerte: aunque Jean no hubiese sido amigo muy querido, en aquel mundo extraño yo hubiera sentido como una disminución de mi persona. La travesía del abismo interestelar, el descenso hasta un astro perdido en el fondo del Universo, hacía de nosotros un solo ser.

Mientras que Antoine vigilaba la zona, fuimos Jean y yo a encontrar a los trípedos; nos acogieron en medio de un frenesí de entusiasmo. Millares de ojos centelleaban dando a los rostros un brillo y un colorido fantástico. Las "mujeres", sobre todo, aparecían transportadas. Eran como flores movientes, donde las pupilas lucían como prodigiosas luciérnagas.

La joven graciosa me repetía:

—¿Qué somos nosotros delante de vosotros? ¡Pobres criaturas impotentes! ¡Qué bella debe ser la vida en la Tierra y qué dicha ser vuestra humilde amiga!

—Mi querida amiga, no hay criaturas tan seductores como vosotras en nuestro planeta. ¡Ah! Sin duda ignoráis el encanto de nuestros ríos, la dulzura de nuestras praderas, de nuestras colinas llenas de bosques, la fiebre excitante de nuestros océanos, los crepúsculos que mueren tan dulcemente en el fondo del cielo, el encanto de las flores; pero esta belleza no alcanza a vuestra luminosa perfección...

—Los ríos... aguas que corren... olas que se elevan y caen... tal como las has pintado, eso debe ser divino. Siento en mí renacer recuerdos que no son de mí misma, que vienen del fondo de nuestras edades, del tiempo en que Marte también conocía a las Aguas Vivas.

Conseguimos hacernos entender con los trípedos para el ataque general. Se haría gradualmente, partiendo de un ángulo del territorio invadido, ángulo en el cual se encontraba enclavada la zona reconquistada.

Tal disposición nos había parecido preferible a una acción demasiado extendida desde el comienzo. Ello nos hacía familiarizarnos y familiarizar a los trípedos con el manejo económico de los aparatos, que no dejaban fisuras por donde los zoomorfos hubieran podido infiltrar-

se de improviso, lo que hubiese puesto en grave peligro a nuestros aliados y a nosotros mismos...

El ataque comenzó hacia los dos tercios del día con un gasto moderado de energía. Al cabo de algunas horas habíamos rechazado a los invasores a una distancia de tres kilómetros.

Quedaba un número considerable de pequeños zoomorfos. El echarlos hubiera supuesto un gasto de tiempo y hubo que renunciar a ello. Llegó la noche. Establecimos en abanico una barrera de rayos, suficiente para mantener a los invasores a distancia.

—Será imposible —hizo notar Jean— mantener una barrera cuando hayamos barrido un territorio cinco o seis veces más extenso. El número de nuestros aparatos es insuficiente.

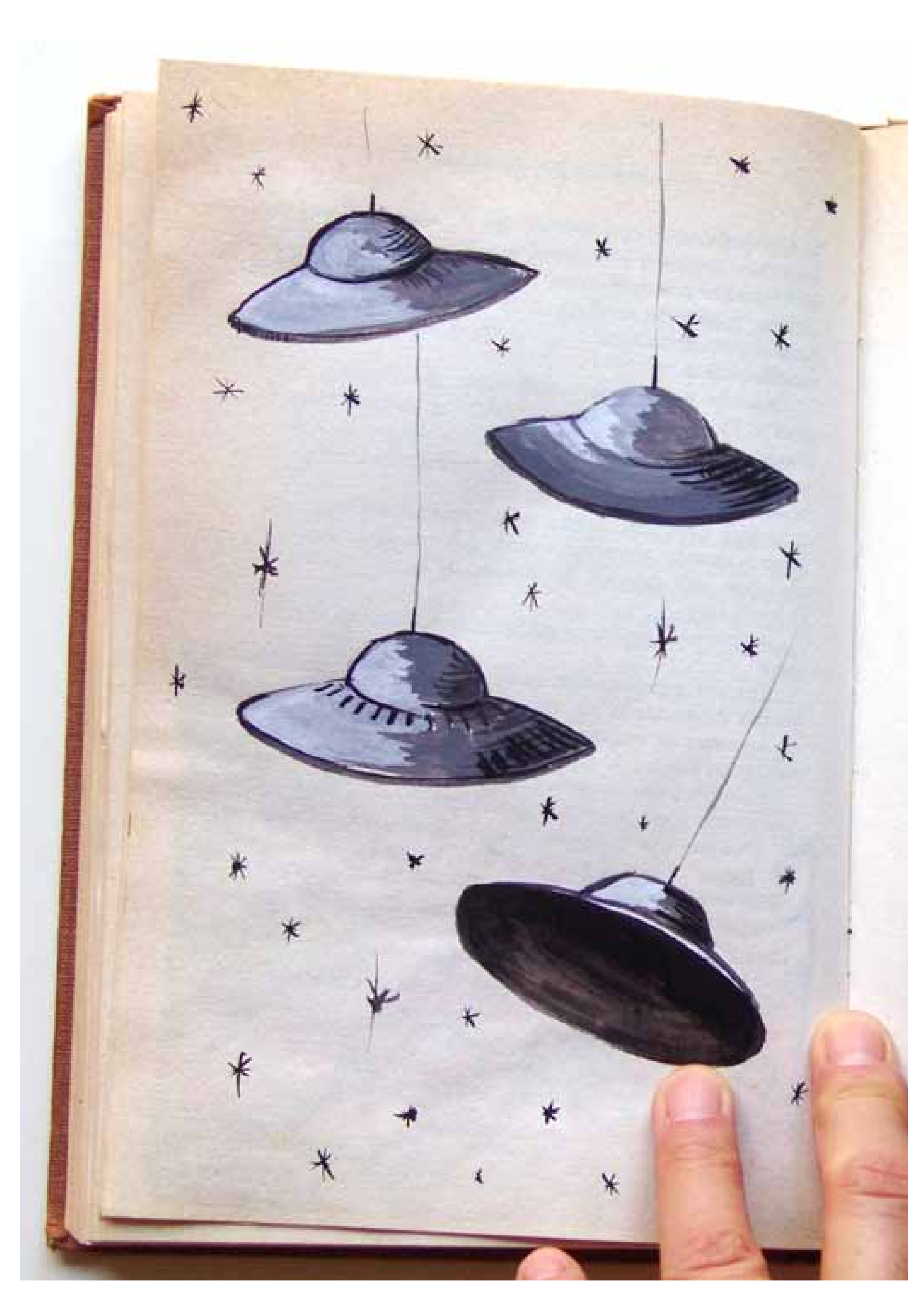
—Entonces, pensemos en fabricar acumuladores reducidos.

Eso era relativamente fácil, ahora que nosotros habíamos desarrollado nuestra herramienta, tanto más que los aparatos de barrera, además de sus pequeñas dimensiones, no exigían la misma precisión que los demás...

Comunicamos nuestro proyecto al trípedo más influyente, que comprendió su importancia.

Una multitud luminosa se apretaba alrededor de grandes fuegos dispersos por la llanura. El campo de los trípedos nos recordaba el tiempo en que los combatientes vivaqueaban la víspera del combate, de esto hace ya muchos años...

J. H. ROSNY



El expediente de los platillos volantes

Si en la noche ve usted extraños resplandores anaranjados atravesar el cielo, si delante de usted instrumentos desconocidos bajan a la tierra irradiando la atmósfera a su alrededor, si usted les ve seguidamente volar con ruido de abejas, si en las estructuras de sus instrumentos se agitan pequeños seres de formas casi humanas... Si después de su partida usted encuentra en el suelo círculos de hierba quemada... Usted acaba de entrar en la numerosa cohorte de terrícolas que creen haber visto "platillos volantes".

Los testimonios sobre la existencia de estos "platillos volantes", que actualmente se designan bajo el nombre de Objetos Voladores No Identificados (O.V.N.I.), forman legión. Muchos de estos hechos, la mayor parte quizá, son explicables por fenómenos naturales y objetos bien conocidos, tales como globos-sonda, satélites, etc. Pero otros...

Los testimonios que se relatan en las páginas siguien-



Paseantes del cielo

El astrónomo americano Fritz Zwicky estima que de aquí a poco tiempo el hombre será amo de las reacciones termonucleares para aplicarlas al desplazamiento de los cuerpos celestes, tales como la Tierra o el mismo Sol y que podrán provocarse a voluntad, explosiones termonucleares con las que se comunicarían al Sol aceleraciones que lentamente le irían haciendo abandonar su sitio actual en la galaxia, desplazándose hasta la proximidad de otro sistema estelar, por ejemplo al sistema de Alpha del Centauro, estrella que es nuestra vecina más próxima.

Capturado por aquella estrella, todo el sistema solar reavivaría el fuego de un hogar y las promesas de vida se harían muy favorables. Una prórroga de varios millones de años les sería concedida a los eventuales terrícolas que hubieran formado parte del más fabuloso salvamento de todos los tiempos.

Puede parecer exagerado, pero ¿no hubiera sido desmedido para Galileo y sus contemporáneos, hace menos

y de placer. Cuanto más lo estudio, menos llego a comprender sus fenómenos".

En la aventura del descubrimiento celeste no hay más que momentos de grandeza y entusiasmo. Pero también surgen las decepciones. A veces un investigador trabaja durante toda su vida en la investigación de una teoría. Consulta, compara millares de documentos de todas clases, fotografías, espectrogramas, dibujos sacados en la semioscuridad de una cúpula de observatorio. Está firmemente convencido de haber hallado, por fin, la verdad. Y esa verdad hay que hacerla conocer. Es el silencio, la indiferencia, lo que acoge el fruto de tantas velas. ¡Qué de sarcasmos ha suscitado la idea obsesionante de Schiaparelli, para quien los canales de Marte no podían ser más que ilusiones de algunos.

Pero no hay que ironizar demasiado. Los estudios avanzan tan rápidamente que poco a poco se van encontrando respuestas a cuestiones que parecían hechas para seguir en el misterio.

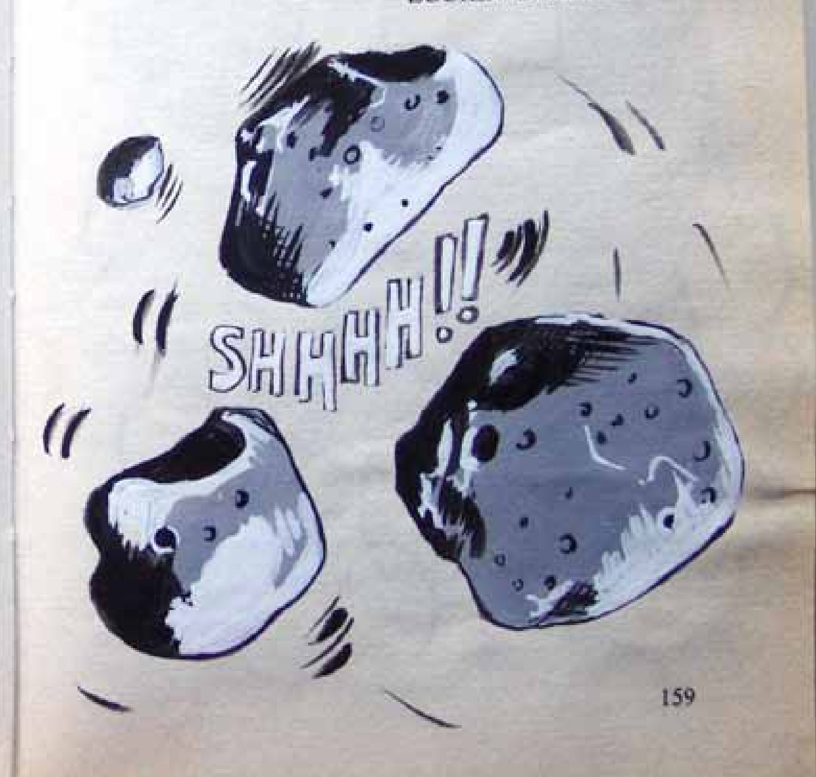
Desde el año 1931, la Astronomía ha utilizado las radioondas para el estudio del Universo y así surgieron los gigantescos radiotelescopios, los cuales captan las radioseñales procedentes del Cosmos. De este modo se descubrieron en el espacio intensos manantiales de radioondas, algunos de los cuales, los más activos, concentran su energía en una región de longitud de onda de 21 centímetros.

Con los radiotelescopios es también posible ver las nubes de hidrógeno a bajísima temperatura, incluso más allá de los espesos y opacos estratos de polvo que no dejan pasar la luz. Muchos de estos radiomanantiales sólo podían ser galaxias, o mejor aún, enjambres de ga-

laxias alejándose a gran velocidad. Así fue como se obtuvo una impresionante confirmación de la fuga de las galaxias y los resultados obtenidos por vía óptica fueron confirmados por la radioastronomía.

Si realmente los asteroides pueden ser utilizados algún día como plataformas espaciales, los misterios de estos paseantes del cielo pronto quedarán totalmente aclarados.

LUCIEN BERNIER





El viaje inmóvil

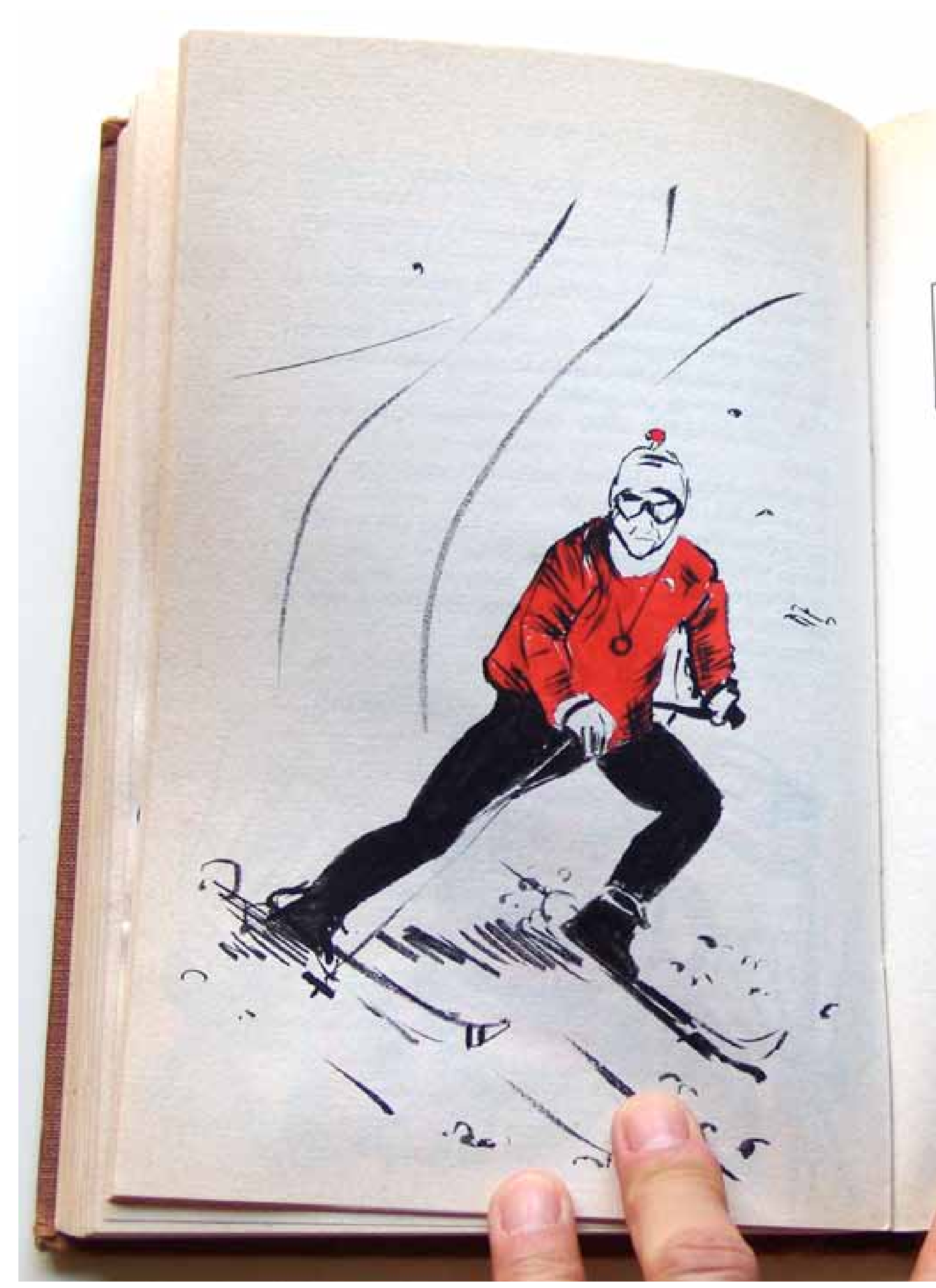
Detrás de los espesos cristales de sus gafas, los ojos del doctor Steinkamp, director del laboratorio de medicina del espacio de la base de Randolph, centelleaban con satisfacción.

—Esta vez, Herbert, creo que no hemos olvidado nada —dijo—. ¿Por qué sonríe usted?

—Pienso en los magníficos vehículos espaciales que los dibujantes de historietas proponen a sus lectores. Nuestro ingenio les parecerá bien modesto.

El doctor Steinkamp sonrió a medias. El "ingenio", era una extraña cabina de acero que hacía pensar vagamente en un huevo.

—Los dibujantes, amigo mío, no son físicos —dijo a su ayudante—, y pueden ofrecer el lujo de los cohetes con pisos interiores, sala para las veladas, camas individuales y cabina de pilotaje. Nosotros en cambio, sabemos que nuestro principal enemigo es el peso. Cada gramo ganado en el acondicionamiento del futuro vehículo del espacio es otra garantía más de éxito. Por eso estoy persuadido de que el ingenio, como usted dice,



El aprendiz del espacio

Youri Gagarin pasará a la Historia como el primer hombre que ha navegado en el espacio. Antes de desaparecer en un accidente de aviación, él mismo narró su aventura y preparación previa para este hecho sin precedentes.

Algún tiempo antes de aquello, los sabios habían lanzado un tercer cohete cósmico. Contorneando la Luna, el cohete había fotografiado su cara visible. Las fotografías llegaron a la Tierra. Esta nueva victoria inusitada causó asombro en la humanidad.

La vida traía importantes correcciones a mis proyectos. Antes de aquello, creía que aún me quedaba tiempo para reflexionar, pero yo veía ahora que era imposible dar marcha atrás. A la mañana siguiente me presenté a mis superiores para solicitar mi admisión en el grupo de candidatos cosmonautas. Pensaba que había llegado la época de figurar en este grupo. Y no me había equivocado. Fui convocado delante de una comisión médica especial.

pesado del cohete se levantó como con pena por encima de las rampas de lanzamiento. Igual que un ser dotado de inteligencia, con una ligera vibración, el cohete se queda durante uno o dos segundos muy cerca del suelo. Después, de repente, sin que se tenga tiempo de verle, en un torbellino de fuego, sale disparado, dejando detrás de él, en el cielo, una estela resplandeciente. Todo había pasado como yo imaginé.

—Es así como te acompañaremos a la salida, Youri —me han dicho mis camaradas.

Me he quedado todo el día con la impresión de esta salida. La nave se había posado ya en el lugar fijado después de haber hecho la vuelta a la Tierra. Los especialistas —biólogos y médicos— se ocupaban de Zvezdotchka, que había soportado muy bien el vuelo. Yo seguía reflexionando en lo que había pasado ante mis ojos y que dentro de poco tiempo se repetiría para mí. No me espantaba.

En casa, Valia me preguntó por qué estaba tan exaltado y dónde pasaba la mayor parte de mis días.

Quise dar a mis explicaciones un poco de alegría y le respondí como la otra vez:

—Voy hacia el Cosmos. Sé buena y prepárame la maleta.

—Está hecha —replicó Valia.

Entonces comprendí que lo sabía todo.

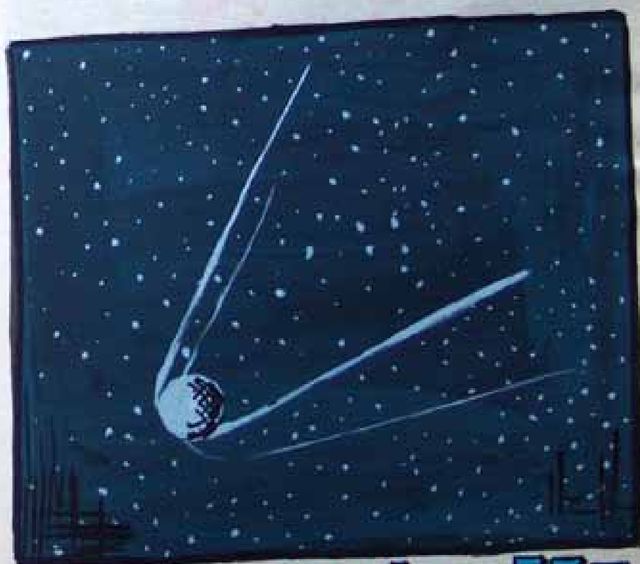
Nuestras pequeñas, que estaban acostadas, habían jugado con su madre y conmigo después de la cena. Yo le dije a Valia que el primer vuelo del hombre en el Cosmos no estaba lejos y que entraba en lo probable que yo lo efectuase. Su rostro se hizo grave y un lig[illegible]m-blor agitó sus labios. Noté que estaba orgull[illegible]

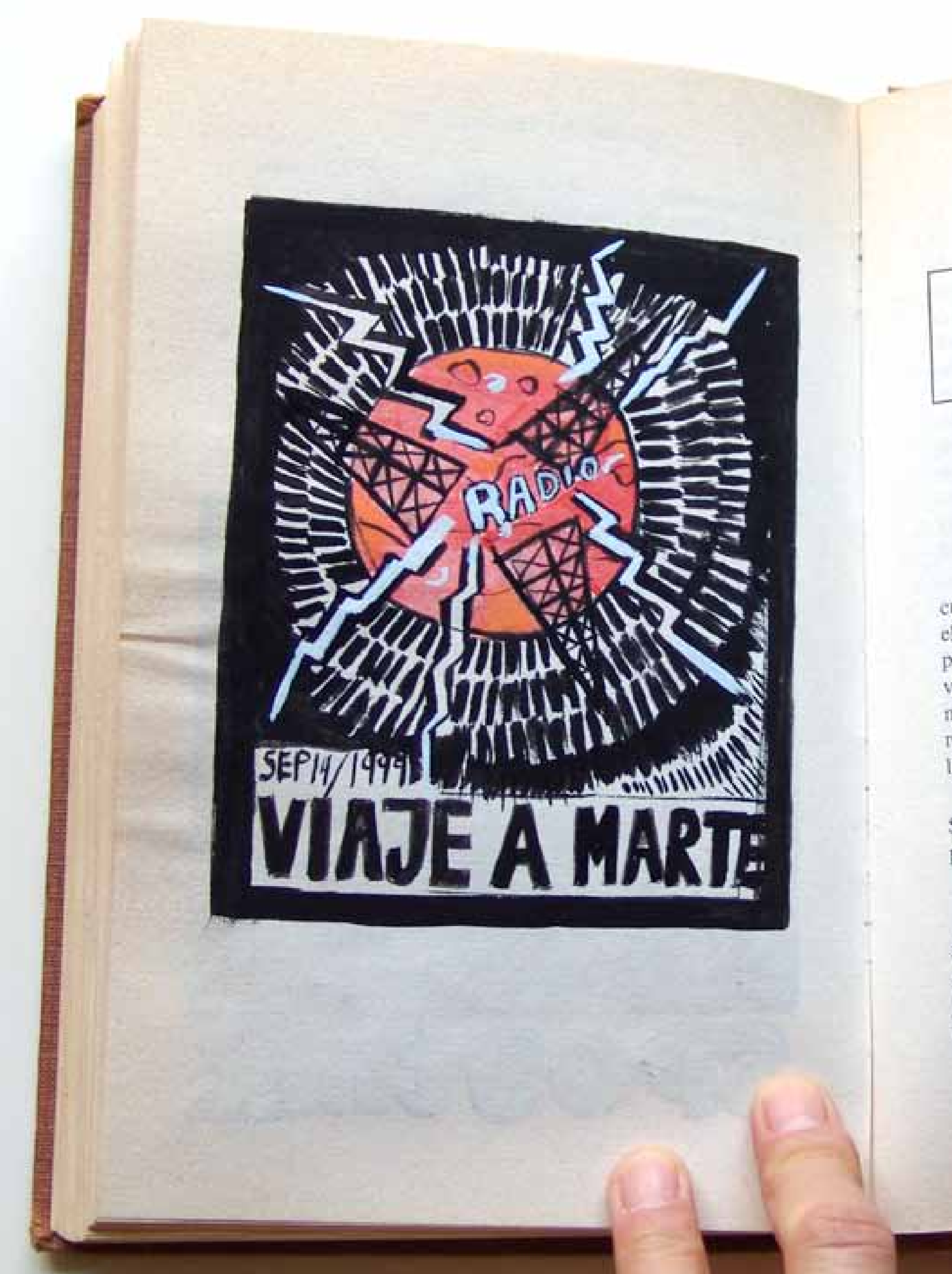
al mismo tiempo sentía miedo, pero no quiso decírmelo por no inquietarme. No hemos cerrado el ojo en toda la noche, hablando, evocando el pasado, haciendo proyectos para el porvenir. Veíamos a nuestras hijas mayores y casadas y a nosotros ocupándonos de nuestros nietos.

Y cuando hubimos hablado hasta la saciedad y pregunté a Valia qué pensaba de la prueba que me esperaba, me respondió:

—Si estás seguro de tus fuerzas, vete. Todo irá bien.

YOURI GAGARIN





La gran salida

En la calle de las Albas-Rojas apareció un anunció curioso: un simple cuadrado de papel gris, clavado en el muro estropeado de una casa abandonada. El corresponsal de los periódicos americanos, Archibald Skyles, vio al pasar a una joven parada ante el anuncio. Leía moviendo los labios. Su rostro encantador no expresaba ninguna extrañeza. De pronto levantó del suelo su cesto lleno de legumbres y se alejó.

El anuncio merecía más atención. Por curiosidad, Skyles lo recorrió, se pasó la mano por los ojos y rió para sí.

El anuncio decía:

"El ingeniero M. S. Loss, invita a las personas deseosas de acompañarle al planeta Marte, el 18 de agosto, a presentarse personalmente todos los días, de 6 a 8 de la tarde, en el número 11 de la calle Jdanovka, al fondo del pasillo".

Estaba escrito con bolígrafo.

Involuntariamente Skyles se tomó el pulso: normal.

sí por líneas derechas, formando dos triángulos isósceles y un triángulo alargado. La base del triángulo Este se hallaba rodeada por una línea curva, un arco de círculo regular. Del centro de este arco salía una segunda curva que desembocaba en el punto negro situado al extremo Oeste. Otros puntos redondos, otras líneas derechas y curvas se hallaban desparramadas al Este y al Oeste de este grupo ecuatorial. El Polo Norte se perdía en las tinieblas.

Loss miraba ávidamente esta red de líneas; los inconcebibles canales de Marte, regulares, geométricamente precisos que hacen perder la cabeza a los astrónomos. Bajo el primer dibujo neto y claro, Loss comenzó a distinguir otra red de líneas, apenas visibles, como borradas.

En su carnet, fue haciendo el dibujo aproximado. De repente el disco de Marte tembló y se deslizó en el ocular. Loss se lanzó hacia los reóstatos.

—¡Ya está, Alexei Ivanovitch! ¡La atracción obra sobre nosotros! ¡Caemos!

El aparato se dio vuelta, poniéndose en vertical. Primero Loss disminuyó la velocidad de los propulsores y después los detuvo por completo. El cambio de velocidad era ahora menos penoso, pero el silencio brusco se le antojó tan intolerable a Goussev que hundió la cara en las manos, cubriéndose los oídos.

Tumbado en el suelo, Loss observaba el disco de plata que se engrandecía y tomaba relieve. Se hubiera dicho que era él quien se dirigía hacia ellos desde el fondo del abismo negro.

Loss volvió a manipular en los reóstatos. El aparato pareció gemir, luchando contra la atracción marciana. La velocidad de su caída disminuyó. Ahora Marte ocupaba todo el cielo.

Los últimos segundos fueron espantosos: una caída vertiginosa. Bruscamente las lentes de los periscopios se cubrieron de vapor. El aparato cortaba las nubes encima de una llanura, descendiendo alocadamente.

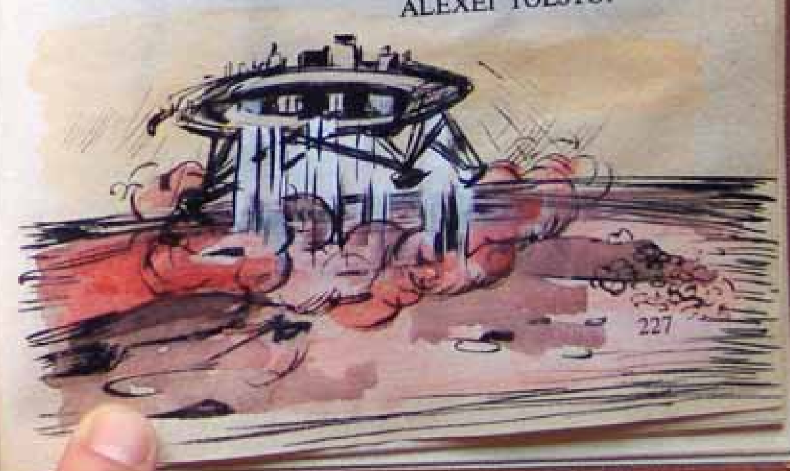
—¡Se está posando! —tuvo tiempo de gritar Loss, cortando el contacto. Un choque violento le tiró contra la pared. El aparato se posó pesadamente, cayendo de costado.

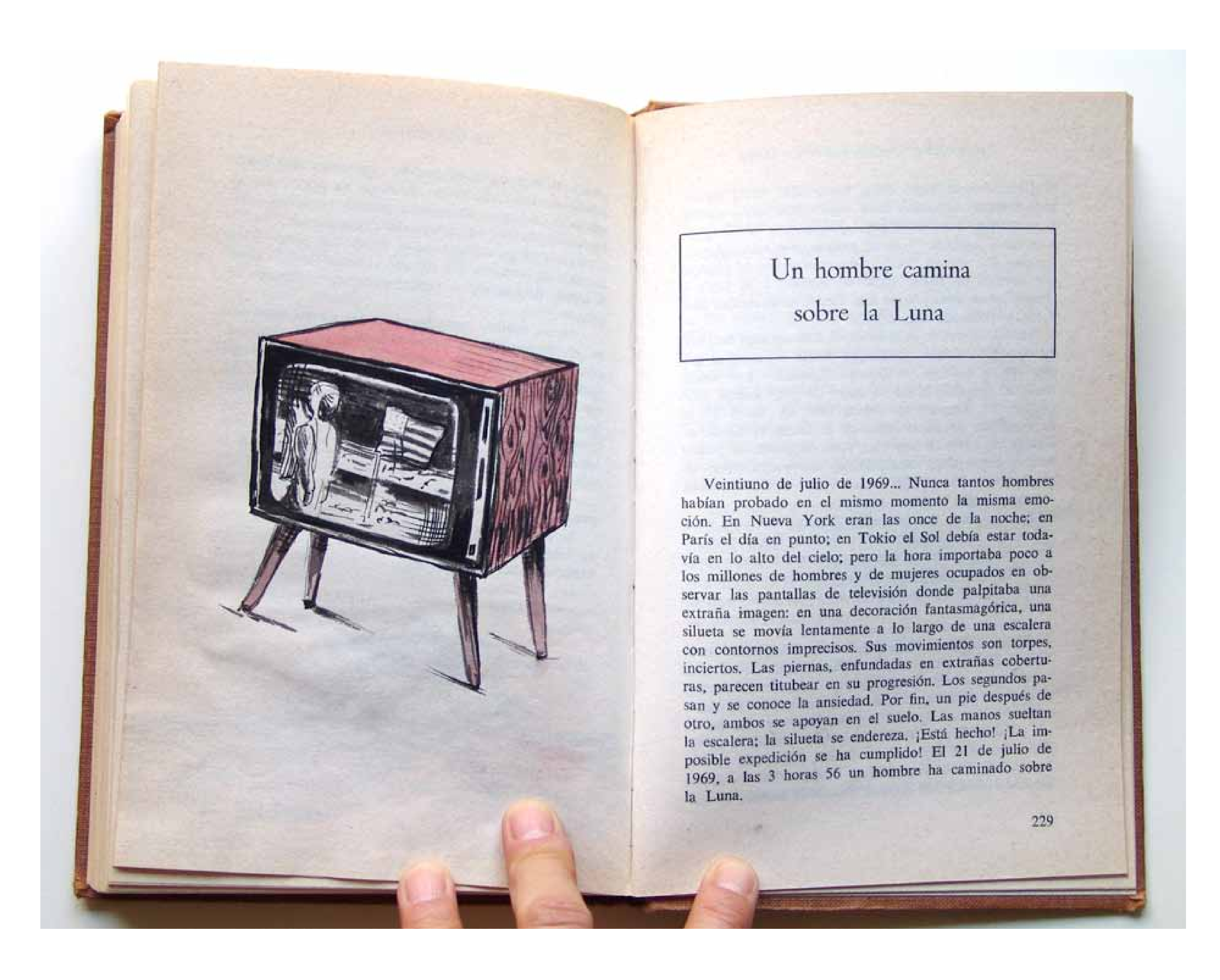
Con las rodillas entrechocando, las manos temblorosas, el corazón parecía querer detenerse. En silencio, con prisas, Loss y Goussev ponían orden en el interior del aparato. Por la abertura de uno de los periscopios hicieron salir un ratón medio muerto, traído ex profeso desde la Tierra. El ratón recobró poco a poco el conocimiento. Levantó la nariz, olió el aire y pareció revivir. Indudablemente la atmósfera de Marte convenía a la vida animal.

—¡Muy bien! ¡Buena llegada! Alexei Ivanovitch, salgamos.

Se pusieron de nuevo sus trajes de pieles y sus botas de fieltro. Goussev colocó un revólver en la cintura (no había que fiar todo al azar), sonrió y abrió la puerta.







Un hombre camina sobre la Luna

Veintiuno de julio de 1969... Nunca tantos hombres habían probado en el mismo momento la misma emoción. En Nueva York eran las once de la noche; en París el día en punto; en Tokio el Sol debía estar todavía en lo alto del cielo; pero la hora importaba poco a los millones de hombres y de mujeres ocupados en observar las pantallas de televisión donde palpitaba una extraña imagen: en una decoración fantasmagórica, una silueta se movía lentamente a lo largo de una escalera con contornos imprecisos. Sus movimientos son torpes, inciertos. Las piernas, enfundadas en extrañas coberturas, parecen titubear en su progresión. Los segundos pasan y se conoce la ansiedad. Por fin, un pie después de otro, ambos se apoyan en el suelo. Las manos sueltan la escalera; la silueta se endereza. ¡Está hecho! ¡La imposible expedición se ha cumplido! El 21 de julio de 1969, a las 3 horas 56 un hombre ha caminado sobre la Luna.

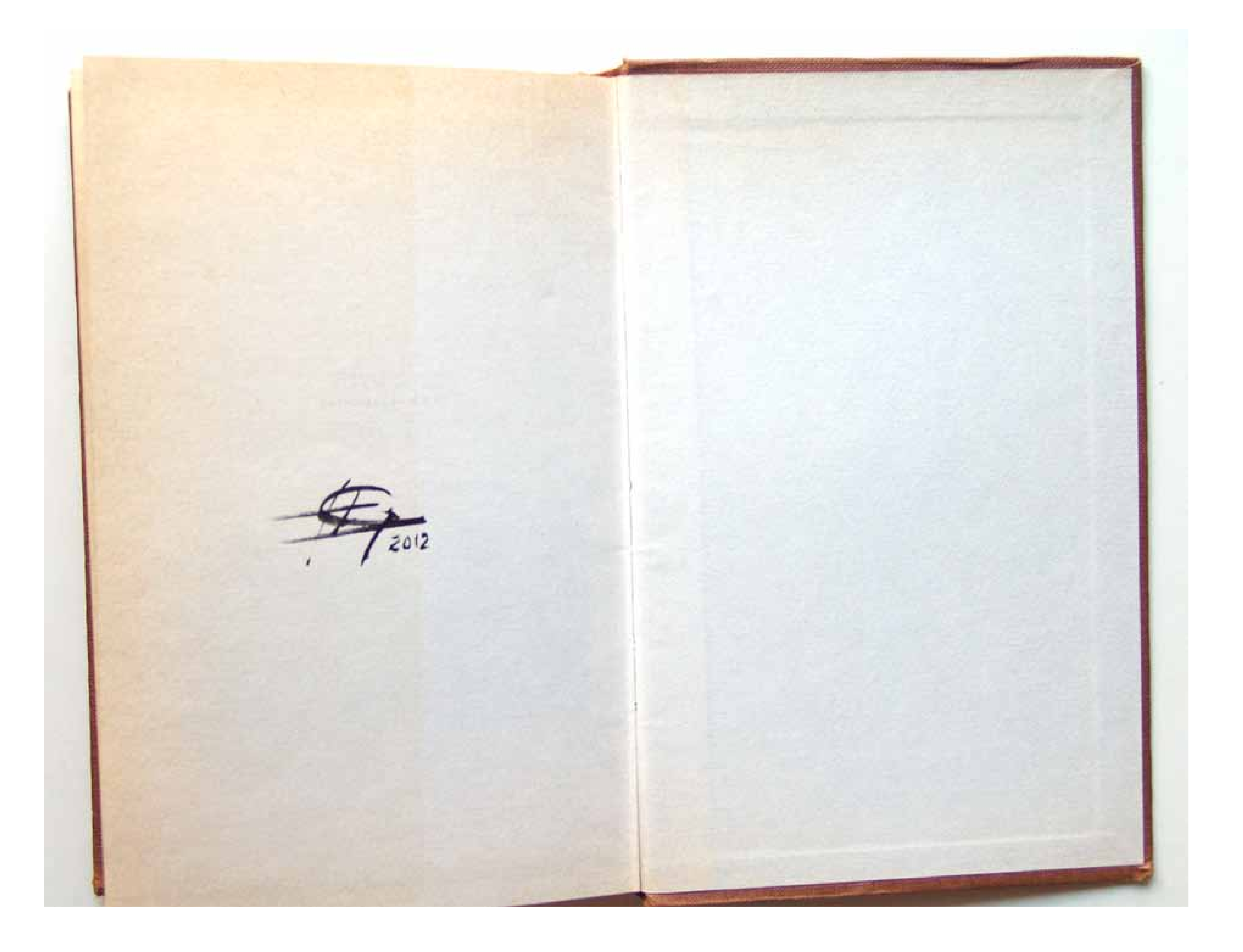
puesta a esta pregunta no se acaba de encontrar. Algunos dicen que los progresos indudables conseguidos por el "Apolo" en materia de telecomunicaciones, de informática y en la química de los metales, suponen un paso adelante en la civilización. De todas formas, su alcance se desconoce todavía. Cuando Colón salió de Palos no suponía que iba a descubrir América. Y nadie puede predecir qué saldrá de esto. "¿Para qué sirve un niño recién nacido?", respondía Faraday cuando se le interrogaba sobre la utilidad de la electricidad naciente.

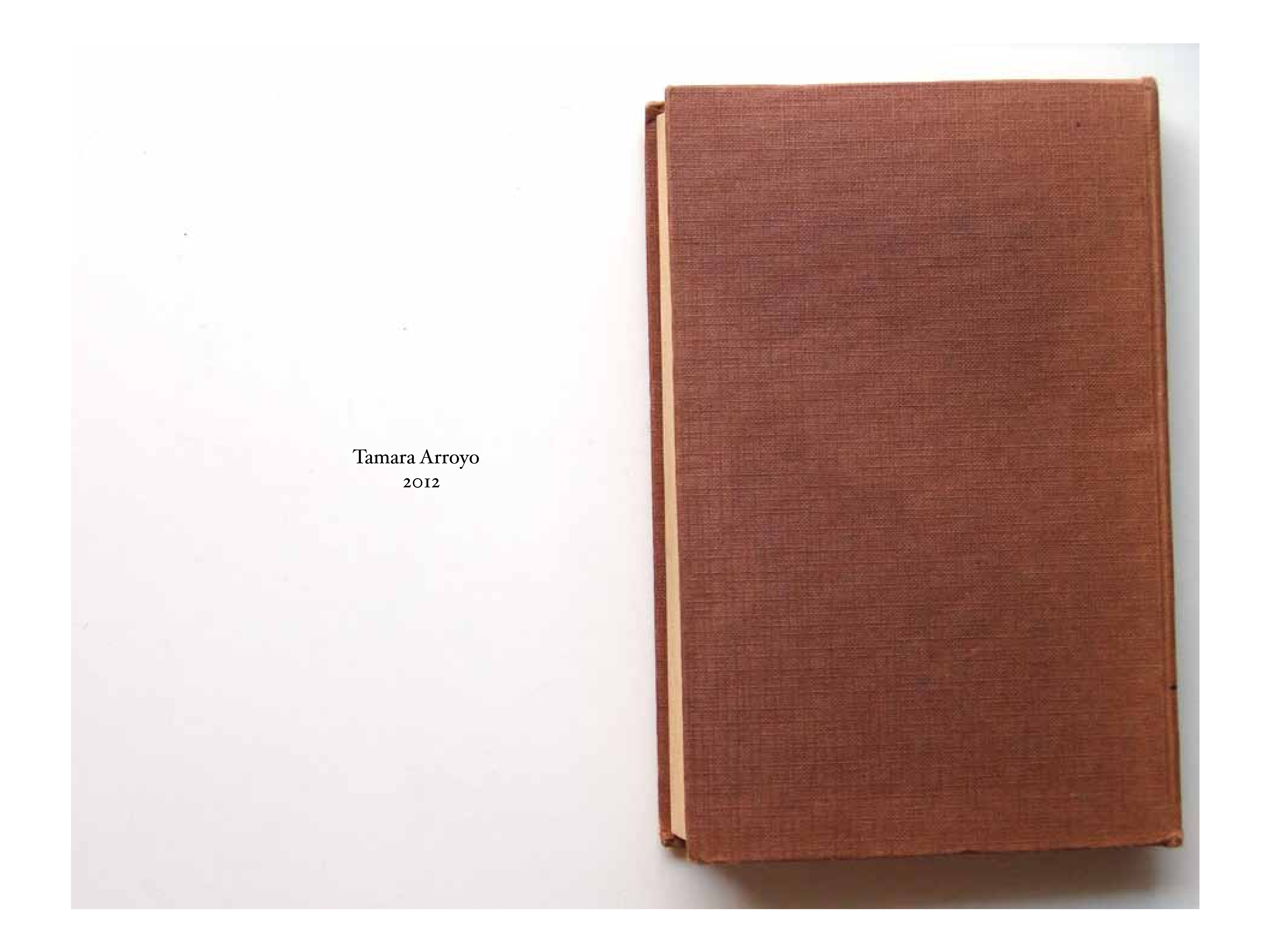
¿Para qué sirve el "Apolo 11"? ¿Para qué el vuelo del "Apolo 12"? Algún día se sabrá si la fecha del 21 de julio de 1969 ha marcado una etapa importante en la historia de la humanidad.

CLAUDE APPELL



Num. Reg.: 7028-70
Dep. Leg. BI 1766-77
I S B N : 84-243-0424-1


2012


Tamara Arroyo
2012